

—Pero ¿cómo estabas enterada de que la señorita de Marcy iría á cenar al Café Inglés?

—Ya sabes, querido, que veo á lo más principal; se habla en torno mío; en los bastidores no hay secretos; uno habla de su mujer, otro de su querida; éste da noticias al periodista, aquél refiere en voz queda la crónica escandalosa. Nada está oculto en París; todas tenemos un confidente; es siempre el secreto de comedia; y yo estoy en los palcos más próximos al escenario del gran mundo.

—Ni aun después de haberlo visto lo creo.

—Pues bien, yo creería sin ver, porque conozco mejor que tú á las mujeres. Tú te figuras que, porque hay entretenidas, hay damas inaccesibles. Querido amigo, la mujer que resiste es porque aun no encontró su señor.

—¿Has leído eso en La Bruyère?

Gontrán no se quería convencer.

—Además, son dos los señores de la mujer: el que da el dinero y el que obsequia con amor. ¿Qué te dice que tu señorita no dobló el cuello ante la fortuna? ¿Estás seguro de que es su madre quien paga sus vestidos? ¿Te informaste bien acerca de la dote que le promete? Más de una vez cené con extranjeras anónimas que no tenían miedo de nosotras, porque saben que nosotras no frecuentamos el mundo para en él reconocerlas. Si no quieres creerme, te haré ver más.

Y la señorita Lucía, que por nada se aturdió, sostuvo su afirmación con estas palabras:

—¿Quieres que te haga cenar con ella y conmigo?

—¡Sí!—dijo Gontrán, como si quisiera descender hasta el fondo de su pena.

Pero, después de una pausa,

—No,—añadió, como si no quisiera beberse la vergüenza de la señorita de Marcy.

XVII

En el que se ve que hay plumadas que son estocadas

Por la mañana, Gontrán se confesó que, al tomar nuevamente posesión de su querida, no había recobrado su amor por ella.

La comedianta dormía cuando él se despertó; una franja de luz matinal caía sobre los cabellos despeinados de Lucía. Pensó en aquella cabellera en que tantas veces había respirado la embriaguez, si no el amor; acercó sus labios á ella, mas no encontró ya aquel perfume que le encantara.

Amaba á la señorita de Marcy.

En vano se representó el horrible espectáculo de por la noche, aquella joven escotada, con los codos apoyados sobre la mesa, riéndose con las necedades que le decía su compañero de aventuras; el desprecio llegaba hasta su corazón, pero sin matar aquel amor naciente, que había ya echado grandes raíces.

Gontrán no despertó á Lucía.

Todo entregado á sus celos, decidido á buscar la solución de aquel enigma, corrió á casa de su amigo Raúl de Braie, que no perdía un baile de la Corte y que conocía á la señorita de Marcy.

Tuvo que despertarle.

—Dime, Raúl: veo por tu espada y tu sombrero que has bailado esta noche en la sala de los Mariscales. ¿Has visto allí á la señorita de Marcy?

—La he visto y la he hecho la corte por ti. Pero

¡Llévete el diablo, por despertar tan temprano á un hombre que no ha perdido ni un vals!

—¿Has bailado con ella?

—Sí, me gustan las mujeres de sus hechuras; me inspiran miedo las plumas que se escapan de entre las manos á la primera vuelta.

—¿Cenaron allí ella y su madre?

—No. Valsé con la señorita de Marcy á eso de las once y media; le pedí otro vals, pero me manifestó que se marcharía antes que empezara.

—¿Y á dónde fueron?

—Los dioses lo sabrán; menester fuera preguntárselo á su madre ó á ella misma. Me parece que iban sencillamente á acostarse. Pero ¿qué significa esto? ¿Estás enamorado? Dime: ¿se sabe ya quién te sucederá en casa de Lucía? ¡Diablo! Por allá tienes herederos de firme. Es igual; te felicito; haces bien en cambiar de patria. ¿Y cuándo es la boda?

—¡No se trata de bodas! La señorita de Marcy pareceme hechicera, mas aun no se han publicado las amonestaciones. ¡Adiós! Te volveré á ver en el Bosque... si es que te levantas hoy.

Gontrán corrió á casa de la señorita de Marcy.

La joven habitaba, con su madre, en un segundo piso de la calle de Provenza. Vivían en aquel lujo cosmopolita que es más bien un campamento que un hogar. Madre é hija amaban á las gentes más que á su casa; esperaban á que la señorita de Marcy estuviera casada para pensar en hacer su nido. El piso estaba adornado con la fría arquitectura de hace veinte años. Salones blancos y dorados; marcos y figuras mal dibujados, pesada cornisa por la que corrían algunas flacas ramitas; y allí muebles de todas formas, de toda clase de maderas, chillando con ornamentos des apropiados: relo-

jes de pacotilla, cuadros de baratillo, jardineras del año siete. Tal era la decoración.

Al acercarse á la casa, Gontrán se acordó de aquel interior, que habíale entristecido; había estado dos veces con su madre y ambas se habían sentido á disgusto, aunque á primera vista la señorita de Marcy le hubiese parecido encantadora.

—La verdad es,—se decía,—que aquella habitación no me inspiraba confianza: falta allí la intimidad del hogar. Y sin embargo, si, como Lucía dice, tuviera un amante, no vivirían en un piso, vivirían en un hotel.

Entreabrió la puerta de la garita del conserje.

—¿Las señoras de Marcy?

La portera miró á Gontrán con alguna sorpresa.

—Pero, caballero, esas damas nunca reciben antes de mediodía.

—Lo sé. Mas mi madre quería venir á buscarlas para ir á misa. ¿Volvieron tarde del baile de la Corte?

—Eran ya las tres de la mañana.

—Creí que la señora de Marcy no se acostaba nunca tan tarde.

—La señora, es posible; mas no la señorita.

La portera mecía á una niña enferma. Gontrán le dió cinco luises.

—Tenga usted; eso hará que su hija se ponga mejor.

Había entrado en la garita, queriendo seguir preguntando, aunque le avergonzara descender hasta aquel punto.

—¿Hace mucho tiempo que esas señoras habitan en la casa?

—Llevan aquí seis meses.

—¿Reciben muy á menudo?

—¡Y tanto! Es un vaivén perpetuo. Todas las naciones suben y bajan la escalera.

Gontrán sabía que la señora de Marcy vivía siempre en el mundo internacional.

—¿No se ha hablado de un matrimonio?

—No puedo decir nada; lo único que he notado es que hay un extranjero que viene con mucha frecuencia y que parece entrar allá arriba como en su casa; mas no sé si es por la madre ó por la hija.

Gontrán no siguió preguntando.

—Eso es,—dijo.—Lucía no me engañaba. ¿Cómo mi madre no juzgó con más acierto á esas mujeres?

Antes de salir, volvióse hacia la portera.

—¿Son realmente ricas esas damas?

—¡Oh! Eso sí, —contestó la mujer.—Hay desorden, pero es una buena casa: el dinero abunda y pagan muy bien.

Gontrán corrió hacia su casa y, una vez en ella, al aposento de su madre.

—¡Buenos estamos! ¡Si vieras qué lindas cosas he sabido acerca de la señorita de Marcy!

—¿Qué dices? No te comprendo.

—Menos te comprendo yo á ti. ¡Haber abierto tu salón, ¡qué digo!, tu corazón á esas mujeres!

—¿Te has vuelto loco?

Gontrán refirió á su madre cómo la señorita de Marcy se había marchado del baile de la corte antes de cenar, porque tenía cena en el Café Inglés; cómo él la había visto; cómo no había ella vuelto á casa sino pasadas las tres de la mañana; cómo él se hallaba desesperado.

—¡Lo que hay de más triste, madre mía, en todo esto, es que la amo, es que tengo celos, es que estoy furioso!

La señora Staller no sabía qué le pasaba; llamó á su hija.

Cuando la calumnia su ceba en una mujer, aun cuando ésta fuese blanca como la nieve inaccesible, elévase contra ella, por la malicia de las cosas, toda un acta de acusación. Se ruborizó, luego es culpable. No se ruborizó, señal de que nada es capaz de ruborizarla. ¿Su candor? Es una máscara. ¿Su ingenuidad? Ya no hay ingenuas. Si se os acusa, hombres, de haber robado, huid ante la justicia; si se os acusa de haber perdido la virtud, llorad, mujeres.

La señora Staller defendió á su amiga con la elocuencia del corazón; pero los celosos no quieren nunca ser convencidos, al menos por la inocencia.

—Oye,—dijo la joven á su hermano.—En seguida vamos á ir á casa de la señorita de Marcy; tú mismo la interrogarás. No quiero que en tu corazón viva cinco minutos más una sospecha tan horrible.

Gontrán no quiso aceptar la proposición.

—¡No sospecho, acuso!—dijo.—Todo ha concluido, no quiero volverla á ver ¡Ah! No sabéis vosotras los abismos y misterios que París encierra.

La señora Staller recordó cómo había conocido á las señoras de Marcy.

Fué en casa de una americana, en donde había más lujo que gusto. En París, la amistad camina al galope, porque no es duradera. La señora de Marcy tenía mucho empuje, su hija era música como la música. A la señora Staller habíale encantado aquel encuentro; se volvieron á ver con frecuencia; de la simpatía á la intimidad no hay más que un páso. Pero nunca se había hablado del pasado.

La señorita Staller defendía siempre á su amiga, pero la madre se dejaba poco á poco convencer por las razones de su hijo.

—Oye,—le dijo;—puesto que hemos de ir esta noche

á casa de esas damas, las estudiaremos con más detenimiento.

Contrán, no sabiendo qué hacer, se fué á su cuarto. ¿Volvería á casa de Lucía? Sentíase impulsado hacia la señorita de Marcy. Abrió un cajón de una mesita de encina esculpida, en donde guardaba todas sus cartas, las de amor y las de negocios, páginas de su vida. Buscó entre todas ellas.

La primera carta que vió fué la de su notario, que había leído á medias.

—¡Oh, Dios mío!—dijo.—¡Iba á olvidar esto!

Su notario le había prestado algún dinero, diez mil francos escasos, que le pedía con insistencia. Nadie tan poco amigo de prestar como un notario.

—¡Diez mil francos! ¿Dónde quiere que los encuentre?

Contrán había vivido al día, tomando prestado de todo el mundo, siempre prometiéndose poner fin á aquel desorden, como todos los que se juran que al siguiente día empezarán á obrar con prudencia. Por primera vez en su vida se resignó á hacer números. Hizo sumas, pero las sustracciones, escalonándose á su lado, se tragaban las adiciones.

Tiró la pluma con espanto.

—¡Pero si no me queda nada!—dijo.

Pensó en la señorita de Marcy.

—¡Era mi salvación!

Y, después de una pausa,

—Si yo quisiera, todavía sería mi salvación.

Sumió su corazón en el combate del dinero y el interés; pensó que el mundo estaba poblado de gentes que viven bien á pesar de las capitulaciones de conciencia; miró á su alrededor y penetró en todas aquellas almas perdidas que se burlan de la dignidad.

—¡Pues bien, no!—dijo.—¡Antes morir!
Veía siempre á la señorita de Marcy en el cuarto núm. 12 del Café Inglés.

Pero ¿cómo la joven había podido ir allí?

Pensó que tal vez soportaba las consecuencias de una primera falta, uno de aquellos extravíos de joven, de que ellas no se dan cuenta. ¿Quién sabe si no se veía obligada á obedecer á la ley del más fuerte? Tal vez había conocido á aquel hombre en Italia, quizás resignárase á verle por comprar su silencio, avanzando en el escándalo por miedo al escándalo. ¿O sería víctima de un trato infame firmado por su madre, de un contrato de infamia en que uno pone su dinero y otro su cuerpo? ¿O sería una de aquellas jóvenes que, en su horror á la miseria, se someten á la deshonra oculta, por la salvación de la casa?

Aquello era para volverse loco. «Conócete á ti mismo», dice la sabiduría de las naciones. Y el hombre no se conoce. ¿Cómo ha de conocer á la mujer, símbolo eterno del bien y del mal? ¿á la mujer, que ha escuchado al cerebro del demonio bajo el ojo de Dios?

Eran las doce de la mañana; á esta hora, la señorita de Marcy recibía un anónimo, patas de gato que parecían jugar, pero que debían introducir sus garras envenenadas.

«¿La señorita de Marcy está satisfecha de su noche? ¡Baile en la corte! ¡cena en el Café Inglés! ¡tren de placer para regresar á casa! Se supone que en su vestido llevaría alguna flor del bello Contrán; era menester que todos participasen de su fiesta. Sólo las jóvenes del gran mundo saben divertirse. Se ha dicho que las otras les quitan sus amantes. ¡Qué calumnia! Ellas son las que quitan los amantes á las otras. Lo cual es ya vieja costumbre en la señorita de Marcy.»

Al leer esta carta, la joven púsose pálida como una muerta y se desmayó, viendo aparecer la imagen de Gontrán.

Acudió corriendo la madre, que levantó á su hija en sus brazos y la hizo respirar sales, echando una ojeada sobre la carta, que había caído á sus pies.

El mismo día, una amiga oficiosa fué á hacer una visita á la señorita de Marcy.

—¿Cómo no nos contaban ustedes lo que ocurre?

—¿Qué ocurre?—preguntó la joven con inquietud.

—¿Se lo he de decir yo á ustedes? ¡Qué mal han hecho en no habérselo confiado antes!

—No comprendo.

—Se casa usted con Gontrán Staller. ¿Por qué, pues, ocultarnos su dicha?

—Está usted mejor informada que nosotras,—dijo la señora de Marcy.

—Felicito á ustedes; buena familia, y buen muchacho, aunque algo amigo de las comediantas; pero la juventud es la juventud. ¡Esos hombres...! ¡El mejor no vale nada! Me entusiasma este matrimonio; sin embargo, mi amistad me obliga á decir á ustedes todo lo que sé.

—Una vez más he de advertir á usted que ese matrimonio no es cosa hecha, ni mucho menos. Pero, en fin, ¿qué sabe usted?

—Sé que el señor Staller, el mejor de los hijos y de los hermanos, convengo en esto, se ha comido cuanto tenía y aun mas de lo que tenía. Se dice que la dote de su hermana no está virgen y que su madre se arruinará pagando sus deudas. ¡No será mi hijo quien de ese modo se arruine por las comediantas!

Y mientras la madre y la hija se miraban, la dama siguió hablando de su hijo, un ángel que había sido

educado por los jesuitas, que profesaba horror al teatro y no faltaba á una misa ni á un sermón, sin salir nunca solo de casa; un santo.

—Le confieso á usted,—dijo la señorita de Marcy, que veía que la madre quería colocar á su santo,—que con orgullo y considerándome feliz llamaré mi esposo al señor Gontrán Staller, aun cuando éste no posea un sueldo. Si tiene deudas, las pagaremos. ¿No es verdad, mamá?

La señora de Marcy abrazó á su hija, pálida aún á causa del anónimo.

Sabido es que, por la noche, toda la familia Staller debía pasar un par de horas en casa de las señoras de Marcy.

La joven se puso bella, más bella que nunca. Las fatigas de la noche y la pena del día la habían empalidecido, lo que daba á su belleza no sé qué de tierno y de conmovedor. Desde que amaba á Gontrán tenía, por otra parte, en todo su rostro una expresión más penetrante.

Dió orden al lacayo de que fuese á decir al portero que su madre no estaba para nadie, excepto para la familia Staller.

A las nueve sentóse al piano y tocó trozos de *La Sonámbula*; allí estaba su madre, sonriendo mientras leía los periódicos de la noche. A las diez, se admiró de no haber oído llamar.

A las diez y media, la señorita de Marcy había abandonado el piano y alzaba las cortinas de una de las ventanas del salón para mirar pasar los coches.

Abrió el balcón á las once, so pretexto de respirar; la señora de Marcy se había dormido.

Sirviéronlas el te.

—¿Está usted bien seguro,—preguntó al lacayo la

señorita de Marcy,—de que las señoras Staller no han venido?

—Sí, señorita: estoy segurísimo, porque la portera, que acaba de subir para saber si era preciso velar, me ha dicho que nadie, excepto el señor marqués de Artís, había venido.

—¿Sabes que se retrasan?—dijo la señora de Marcy, que no cesaba de mirar el reloj.

A las doce, la joven se echó en brazos de su madre, exclamando:

—¡Ah, qué desgraciada soy!

No durmió por la noche; al siguiente día, á la hora del desayuno, hora en que pensaba encontrar en casa á Gontrán, fué á pie, en compañía de la doncella, al hotel Staller.

Subió á las habitaciones de la hermana de Gontrán. En seguida vió que todo estaba perdido para ella.

La señorita Staller se echó á llorar y le confió, aun cuando nada quería decir, todo lo que su hermano había contado.

La señorita de Marcy escuchó hasta el fin, como si la indignación cortárala la voz.

Luego, después de una pausa, se levantó y dejó caer estas palabras con voz altiva:

—¿Su hermano de usted ha dicho eso? Me avergüenzo por él. ¡Su hermano de usted fué á verme á un gabinete del Café Inglés! ¡Creyó encontrarme allí! ¡Ha dicho que me ha visto! ¿Qué es, pues, su hermano de usted? ¡Es un alma de lacayo! ¡Cómo! ¡He podido amar á ese hombre! ¡Nunca cesaré de despreciarle! ¡Adiós, señorita, porque supongo que no se figurará usted que descenderé hasta defenderme!

La señorita de Marcy salió sin volver la cabeza.

Su corazón estaba invadido por la rabia. Si Gontrán

se hubiera encontrado allí, le habría abofeteado. Hubiera querido que la tierra se le tragara.

Llevóse la mano al corazón.

—¡Me moriré!—dijo.

XVIII

El marco negro de la dicha

Sr.....

Se le ruega á usted se sirva asistir al entierro del cadáver de la señorita Clotilde de Marcy, que ha fallecido en su domicilio, calle de Provenza, á la edad de veintiún años, el día 24 de enero de 1869, después de recibir los Santos Sacramentos. Se despedirá el duelo á las once, en la iglesia de Nuestra Señora de Loreto, su parroquia.

De parte de la señora viuda Clementina de Marcy, su madre; de los señores Andrés de Marcy, Gastón de Presles, marqués de Chavan y señora y señor de Santini, abuelo, tío y primos.

Esta invitación cayó como un rayo en la sociedad parisiense.

—¡Muerta!—se decía.—¿Acaso estaba enferma?

Y se recordaba aquella hermosa salud. Si entre todas las mujeres que eran entonces la alegría y el encanto de los salones parisienses se hubiera de haber previsto una muerte, la mirada no se habría ciertamente detenido en la señorita de Marcy. Ésta vivía anchamente, la sangre corría rica y generosa por sus venas, el alma radiaba en su rostro; todas las madres la miraban